

Fraga y la tradición conservadora española

MANUEL FRAGA IRIBARNE: *El pensamiento conservador español*. Col. «Textos», Barcelona, Planeta, 1981.

Como era de esperar, el último libro de Manuel Fraga encierra mucho mayor interés, por cuanto nos desvela de su propio programa, o de sus propias ideas, que por el retrato de las figuras en que se despliega, según él, la tradición conservadora española a través de dos siglos: Jovellanos, Balmes, Cánovas, Maura, Maeztu.

Por supuesto, la obra no obedece a un *plan*: reúne, en realidad, ensayos, artículos o conferencias correspondientes a diversos momentos y ocasiones, que ahora sé ordenan con arreglo a una sucesión cronológica —cada «semblanza» abarca una etapa de la vida nacional—. De estos trabajos, quizá los más elaborados sean los relativos a Balmes —con urdimbre basada estrictamente en los textos del filósofo catalán— y Maeztu —que ofrece particular interés por su especial atención al trasfondo intelectual británico, «desde» y «sobre» el que se despliega el pensamiento conservador («organicista») de don Ramiro.

No deja de ser curioso que tanto Jovellanos —punto de arranque de la serie— como Maeztu —que la cierra—, «incorporados» a la tradición conservadora articulada por Fraga, representasen, no obstante, en su tiempo —Jovellanos a todo lo largo de su vida, Maeztu en su despuntar intelectual, enmarcado en la generación del 98— posiciones heterodoxas o inquietantes para el *establishment* de sus

épocas respectivas. (El *Informe sobre la Ley Agraria*, de Jovellanos, permaneció aherrojado en el *índice* de libros prohibidos hasta hace muy pocos años; recuerdo que ello demoró durante mucho tiempo su inclusión en la nueva serie de la Biblioteca de Autores Españoles; tuvo que esperar, para que se le diese luz verde, al Concilio Vaticano II.)

Por desgracia, no es frecuente hoy en España el político capaz de buscar respaldo sustentatorio a sus «esquemas» en un buen conocimiento del pasado histórico y de sus figuras relevantes. Se da, más bien, el caso contrario: el del historiador que se convierte en teorizador político, o que acaba «haciendo política». La búsqueda de una trama ideológica legada por el pensamiento español contemporáneo, tal como ahora la realiza Fraga, es una novedad; y suscita el interés tanto del historiador como del político.

Pienso que el primero —el historiador— puede contribuir a clarificar las tesis de Fraga en un contexto objetivo. Y en cuanto al político, puede deducir del contraste verificado por el historiador lo que haya de sólido y lo que haya de débil en la teoría conservadora de Fraga. Por mi parte, me he acercado con curiosidad a estas «semblanzas conservadoras»: he hallado en ellas desajustes y aciertos; a veces, inadecuación en el juicio, a veces matizaciones muy útiles, «aproximaciones»

muy agudas a la realidad histórica abordada desde el actual horizonte político. Pero, sobre todo, una especie de «autorretrato» involuntario del propio Fraga.

* * *

Don Gaspar Melchor de Jovellanos fue el exponente más prestigioso de la Ilustración en la fase que *enlaza*, los días de Carlos III con el reinado de Carlos IV. Fueron recelos de Floridablanca —a quien el proceso revolucionario desarrollado en Francia había desconcertado por completo— los que le arrinconaron en Gijón, su patria chica, al tiempo que entraban en desgracia algunos de sus mejores amigos, como Cabarrús. Esquemas históricos estereotipados —a los que no escapa el propio Fraga— acostumbran establecer una dicotomía, o una confrontación, entre Godoy —el poder corrompido— y Jovellanos —la honestidad al servicio de una alta idea de patria y de progreso—. En realidad, las cosas no son tan simples. Fue Godoy, desde el primer momento, quien más empeño puso en *arrancar* a Jovellanos del ostracismo y en sumarlo, de una u otra forma, a las tareas de la alta política oficial. En otro lugar he recordado cómo se fue produciendo el *deshielo*: para lo cual, Godoy tuvo que imponerse a los recelos de los propios reyes. En sus *Memorias* lo refirió el propio favorito:

«Don Melchor de Jovellanos... abundaba en los principios de una estrecha y severa filosofía, cuya profesión le produjo los poderosos enemigos que contaba en el reino. ¡Qué no me costó de tentativas y de esfuerzos para que le nombrase el rey ministro! Conseguido ya por mí que Carlos IV depusiese las viejas prevenciones y le llamase a su servicio, hubo alguno todavía que alabando la capacidad de Jovellanos y sorprendiendo la lealtad de Carlos IV, consiguió persuadirle que convendría enviarle a la corte de Petersburgo para renovar allí y cimentar hábilmente nuestras antiguas relaciones con la Rusia. El nombramiento le fue hecho. Yo hice escribir a Jovellanos que aceptase, dejando lo demás a mi cuidado; y así fue como, dormido su enemigo, días después logré llevarle al Ministerio.»

Las pruebas documentales confirman la

exactitud de este relato; y en primer término, los *Diarios* del propio Jovellanos, quien no se había repuesto aún del susto —y la simultánea satisfacción— que el nombramiento para la remota embajada de Rusia le proporcionara (16 de octubre de 1797) cuando recibió, de manos del propio administrador de Correos, Faes, un pliego con el nombramiento de ministro de Gracia y Justicia (13 de noviembre). Venía él solicitando de Godoy una muestra palpable de que había cesado la animosidad que le confinó en Asturias. La promoción ministerial superaba en mucho, como observa Artola, la «señal de no estar en desgracia» que tanto anhelaba. Y, sin embargo, en su *Diario* se limitó a anotar: «¡Adiós felicidad; adiós quietud para siempre!» (!).

También es cierto que Cabarrús, que tanto debía por su parte al príncipe de la Paz, no utilizó su rehabilitación más que para combatir solapadamente a Godoy. La llegada de Jovellanos a la Corte, agradecido y bien dispuesto hacia el ministro, se trocó en disgusto y suspicacia después de una primera entrevista con Cabarrús («no pintaré —rezan los *Diarios* de 'Jovino'— la ternura de nuestra entrevista, ni el abatimiento que causó en mi ánimo la -pintura del estado interior de la Corte»). Luego, el «espectáculo» que le brindó el favorito en la cena en su palacio, a la que amablemente invitó tanto a Jovellanos como a Saavedra, acabó por convertirle en enemigo irreconciliable de la situación. Fraga, resumiendo el *Diario* de don Melchor, escribe: «Godoy... le recibió en medio de sus dos mujeres, la legítima (y princesa) y la bellísima Pepita Tudó, la condesa de Chinchón, cuya romántica fisonomía inmortalizó Goya.» (Resulta pintoresco este *lapsus*: la linda condesa de Chinchón era la esposa legítima de Godoy —princesa de la Paz—. Fraga la confunde con Pepita Tudó, luego *condesa de Castilofiel*.) Según Fraga, «todo hace pensar que Godoy se limitó a hacer una jugada de prestigio, del lado de los reformistas, a la vez que los ridiculizaba, en un momento en que él mismo se vio en peligro». En cualquier caso, es innegable la obra reformadora e ilustrada de Godoy —reconocida por el propio Menéndez Pelayo—, junto a los

errores —a veces muy explicables— de su política internacional. En cuanto a Jovellanos, «liberado» de su ostracismo y convertido en ministro por obra y gracia del favorito, no dudó en sumarse a la intriga (movida por el Directorio francés) que dio al traste con aquél un año más tarde. Interesa subrayar que, contra lo que cree Fraga, no fue Godoy —vuelto a la total gracia de los reyes en 1800— el artífice del doloroso extrañamiento de «Jovino» en el castillo de Bellver, sino el pérfido marqués de Caballero, «genio de la reacción» e inspirador de la permanente suspicacia de los reyes. Por el contrario, Godoy intentó repetidamente la liberación de Jovellanos, e incluso su nueva utilización en tareas de gobierno: no lo consiguió nunca, pero ya va siendo hora de poner fin a la leyenda que le convierte en perseguidor y enemigo de don Gaspar Melchor. (Esto lo vio muy claro, en un precioso ensayo, Julián Marías, y lo subrayó como lo he hecho yo —documentalmente— más de una vez. Pero bien sabido es que la leyenda que se convierte en lugar común es poco menos que irrefutable.)

La gran obra que ha hecho perdurable la memoria de Jovellanos es su célebre *Informe sobre la Ley Agraria*. Informe que contradice en buena parte el «espíritu» latente en los materiales que le sirvieron de base —el «expediente ajustado» basado en encuestas de crecido interés—. Porque en el *Informe* de Jovellanos está ya, en ciernes, todo el programa liberal relativo a la descongelación de la propiedad amortizada (lo cual explica su inclusión en el *índice de libros prohibidos*). Por esto decía yo que resulta paradójico ver ahora a Jovellanos convertido en patriarca del pensamiento conservador español. Y, sin embargo, hay razones suficientes para considerarlo como imagen ejemplar de una actitud que, abierta a los logros de raíz revolucionaria, rechaza a la hora de la verdad la expresión rupturista y violenta adoptada por aquélla en los días del Terror, y se niega a reconocer en éste las consecuencias de sus propias teorías. Lo cual le separa sustancialmente de casos como el de Floridablanca, desengañado y desconcertado por el proceso político-social desarrollado al norte de los

Pirineos desde 1789, hasta convertir en reacción lo que fuera «ilustración». Hay una frase de Jovellanos —no recogida por Fraga— que vale por muchas páginas de biografía o de exégesis: «¿Porque ellos sean frenéticos (locos) seremos nosotros estúpidos?» Esa frase puede completar la que su actual comentarista subraya: «El progreso supone una cadena graduada y el paso será señalado por el orden de sus eslabones. Lo demás no se llamará progreso, sino otra cosa. No sería mejorar, sino andar alrededor; no caminar por una línea, sino moverse dentro de un círculo.»

El Jovellanos más valioso es, efectivamente, el que *se afirma* frente al reto exterior: negándose a dejarse arrastrar por la revolución o por la fuerza, pero también a renunciar a sus convicciones reformistas, atenuadas, desde luego, al cuadro nacional al que quieren aplicarse. Tan claramente como había sabido *separar* la violencia de la Revolución, supo distinguir Jovellanos entre el «afrancesamiento» —la sumisión al poder despótico que se presentaba como «redentor» de una España oprimida— y la necesaria obra *regeneradora* requerida por la postración de la patria y que ésta debía realizar por sí misma, aunque esa obra estuviese más o menos inspirada en el ejemplo francés. Su idea de la organización y el «modo de funcionamiento» de las Cortes convocadas en 1810 difirió mucho de lo que fueron, en definitiva, las Constituyentes gaditanas; en cuanto a la plasmación del propio texto constitucional, su pensamiento estaba más bien en el despliegue de una tradición —obturada en la baja Edad Moderna— de libertades medievales, que tenía muy presente el ejemplo británico.

(Fraga, por supuesto, se identifica a sí mismo con este pensamiento básico: «Yo he defendido siempre la misma idea: la de la Constitución como una realidad compleja, que resulta de la ordenación de todas las instituciones políticas y jurídicas, y no de un papel en el cual se escriba una ideología o un compromiso entre varias. Ello nos lleva a una visión dinámica de la Constitución, en busca permanente de restauración y de reforma.»)

* * *

Balmes, más que filósofo debe ser considerado como pensador, y más que como simple pensador, como «sociólogo *avant la lettre*». «El título de la última gran obra de Comte —recuerda Fraga—, *Política positiva*, nos ilustra suficientemente por sí solo: el siglo xviii, cuya culminación fue la Revolución francesa, intentó sustituir el orden político-social tradicional por un nuevo orden *teórico*, es decir, teorizado de antemano; pero, si bien fue parte poderosa a lograr aquel derrumbamiento de lo viejo, ya no ocurrió así con la posibilidad de crear un nuevo edificio económico-social. Comte entonces plantea el problema en estos términos: imposibilidad de volver al orden monárquico-teológico o tradicional; fracaso de los intentos de crear un orden nuevo puramente filosófico-político; necesidad de una nueva vía, la *política positiva* o *sociología*... Pues bien, Balmes plantea el problema en los mismos términos. El entusiasmo por ciertas instituciones políticas que tanto había cundido en Europa en los últimos tiempos, se ha ido enfriando poco a poco, pues la experiencia ha enseñado que una organización política que no está acorde con la social no sirve de nada.»

Esta atención básica de Balmes por *lo social* le hace un adelantado en su tiempo y en su medio. Campeón del sentido común, guiado por una discretísima cautela que le evita dejarse arrastrar «por lo que se lleva», pero que asimismo le pone a salvo de caer en la «reacción», su empeño se cifra en «resolver el problema que con tanta urgencia y apremio se ha de resolver en España: *armonizarlo todo sin pasar por nuevos trastornos*». Y comprende, muy atinadamente, que la clave de la revolución —de toda revolución verdadera, y en todo tiempo, añadimos nosotros— está en lo que hoy llamaríamos *las estructuras*: «la cuestión en la superficie es política, pero en el fondo es social; el ruido se mete en las formas, pero la vista está fija en los objetos que afectan al corazón de la sociedad». Su lema, al abordar la gran cuestión, es —observa Fraga— «digno de un hombre de una pieza»; «Nada nos importa Rousseau ni Bonald; lo que nos importa es la verdad.»

No nos vamos a detener aquí en el análisis que Fraga aplica a los plantea-

mientos de Balmes en torno al método en las ciencias sociales y políticas; ni a su examen de los problemas generales de las sociedades del siglo xix. Campea siempre, en el pensador catalán —buen ejemplo de un *seny* menos frecuente en Cataluña de lo que se dice o se cree—, su noción equilibrada de los hechos —de lo que podemos llamar con propiedad «dinámica social»—, su noción clara de vivir una crisis transicional. «La absoluta resistencia a toda idea de libertad se podrá defender en teoría como el único medio de salvación para las naciones; pero ello es que esta teoría se halla en contradicción con los hechos... porque el mundo no va por el camino de Metternich o de Nicolás.» «Quien se quiera parar será aplastado y el mundo seguirá marchando.» «¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones.» Tanto en el plano político como en el plano social, Balmes propugna una suerte de transaccionismo. «Los que pertenecen a la escuela antigua están en posesión de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo. ¿Por qué no podrían entenderse y avenirse? Ni cabe transacción en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera. Pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?» Insisto en lo acabado del análisis que Fraga aplica al pensamiento de Balmes; sino que en él se echa de ver fácilmente el tiempo transcurrido desde la época en que este ensayo debió de ser escrito. Creo que la perspectiva que el pensamiento católico actual nos ofrece, hubiera matizado sensiblemente sus orientaciones básicas. Por lo demás, pienso también que hubiera sido muy aconsejable prestar atención —una atención mínima— a la proyección del pensamiento balmesiano en la evolución política de la España de su tiempo: porque Balmes fue el valedor de la teoría del moderantismo isabelino en sus orígenes: teoría basada en la necesidad de *contar con la España vencida* en la primera gran guerra civil; teoría pronto liquidada en la práctica por dos hechos muy repetidos luego en nuestro país —y en otros países—: la excesiva captación del *centro* por la *derecha estricta* (*cotí* resulta-

dos como el famoso «ministerio relámpago», el del conde de Clonard); y el rechazo de la síntesis centrista —que síntesis centrista fue en sus planteamientos iniciales el moderantismo cuajado en 1845— por la izquierda maximalista. El hecho de que Balmes muriese en 1848 nos veda, por otra parte, conocer cuál pudo ser la evolución de su pensamiento a partir de aquella fecha, decisiva en la historia social y política de Europa: pensemos en el caso de Pío IX, figura tan querida y apoyada por Balmes, y muy diverso —como camino de ida y vuelta— a un lado y otro de la coyuntura revolucionaria vivida en el bienio 1848-1849.

* * *

Si —en mi modesta opinión— es el ensayo sobre Balmes el más trabajado dentro de este ramillete de semblanzas *conservadoras*, el capítulo dedicado a Cánovas me parece el más vivo y cálido; el más ajustado al personaje y a su empresa política. Cosa nada extraña, cuando sabemos que Cánovas supone un firme punto de referencia para los esquemas políticos de Fraga, en cuanto que aquél fue «ordenador desde arriba» de una realidad social: ordenador que buscó siempre su respaldo —y, quizá no tanto, el futuro—. Fraga parte de una luminosa expresión acuñada por el maestro Sánchez-Albornoz: «No hay leyes hereditarias que decidan la vida de las comunidades históricas. Ni somos prisioneros de inexorables leyes económicas que impongan rumbos al mañana. No olvidemos que *la historia es la hazaña de la libertad, y la libertad es la hazaña de la historia.*» Y la completa con aquella otra, tan atinada: «Los pueblos que olvidan su historia, se ven condenados a repetirla.» Queda, en efecto, bien enmarcada entre estas dos sentencias la empresa canovista, que es, en definitiva, la gran empresa restauradora iniciada en 1875. Una empresa basada —según frase exacta de Fraga— «en el compromiso y el consenso».

De «partido de centro» califica nuestro político al partido canovista, apoyándose en Fernández Almagro. Por mi parte, en

otro lugar he advertido que resulta más ajustado llamar a *la misma Restauración* «un *sistema de centro*»: centro en que confluyen la corriente tradicionalista (*moderada* en su versión isabelina) y la corriente revolucionaria brotada en el 68. Asimismo advertí que la Restauración es «una empresa política de paz». «Cánovas —señala, por su parte, Fraga— asume un país en plena desintegración, en guerra civil, lo recoge tras medio siglo convulso y pone su primer objetivo en la pacificación como cimiento sobre el cual edificar.»

También es una realidad el empeño civilista de Cánovas: su afán de poner fin al sistema de los pronunciamientos y en todo caso de evitar el predominio de los generales reaccionarios (sólo me permito disentir en lo que respecta a aplicar ese calificativo a Jovellar, situado por Fraga junto a Balmaseda. Si éste representa, en efecto, la actitud más *retrógrada* dentro del estamento castrense, no puede decirse lo mismo del discretísimo general Jovellar, prototipo del militar atenido a sus estrictos deberes en el servicio de las armas; elevado a la presidencia del Consejo por el propio Cánovas, para que presidiera unas *elecciones democráticas* que repugnaban al doctrinarismo de aquél (todavía vigente el sufragio universal implantado en 1869): elecciones que debían alumbrar las Constituyentes de 1875.

La «identificación» de Fraga con Cánovas se hace patente en este pasaje: «Hay un momento en el cual la gente ya no soporta más inseguridad. Ese es el momento en el cual la Corona, como símbolo supremo de unidad, orden y paz, reaparece como motor de la transición hacia una convivencia más normal. Pero hace falta también un gran ingeniero que instrumente la arquitectura institucional adecuada; que organice jurídicamente el paso del caos al orden y que maniobre adecuadamente entre las fuerzas políticas.» Me parece evidente que Fraga se atribuye a sí mismo el papel del «gran ingeniero» de que aquí se habla (y uno está pensando, leyendo el texto, en la coyuntura decisiva de julio de 1976, que escapó, pese a tantas ilusiones, de las manos de Fraga. A él —a Fraga— se refieren, pues, las cualidades que, según el mismo texto,

habilitaban a Cánovas como «ingeniero»: «filosofía certera, experiencia necesaria, capacidad de mando, y la habilidad y la autoridad para concertar voluntades»). Igualmente; el ejemplo de Cánovas —la convicción de que «el tiempo no respeta lo que se hace sin contar con él»— es un dardo contra Suárez, prodigioso realizador, sin embargo, de la reforma democrática española en breve plazo. La contraposición, no formulada aunque transparente, entre ambos políticos no tiene en cuenta la enorme diferencia de una situación a otra, de la Restauración de 1874 a la de 1975.

Porque, en general, todo este brillante ensayo —que refleja muy bien la calidad de estadista de Cánovas— pierde fuerza en cuanto se aplica a alumbrar la realidad (social, sobre todo) de un «hoy» muy diferente. El mismo Fraga lo reconoce al advertir que la famosa argumentación de Cánovas contra el sistema democrático no hubiera sido sostenida —«me parece inimaginable», dice muy bien— «en nuestra sociedad de clases medias». Asimismo, no me parece muy exacta la afirmación de que el «monstruo» fuese «completamente consciente de los problemas sociales». Sí cabe decir, en cambio, que hay en su pensamiento una evolución que le lleva desde las posiciones tajantes —sumamente reaccionarias en este sentido— de 1871 al reconocimiento de que el Estado no puede inhibirse en los conflictos entre capital y trabajo: él es —ya en fecha muy avanzada— promotor del «intervencionismo», convertido luego en bandera propia por Eduardo Dato.

Quedará siempre a favor de don Antonio, para respaldar su calidad de estadista, la acertada afirmación de Vicens Vives, que ve en su obra «un acto de fe en la convivencia hispánica». Sino que las Españas que hoy han de convivir son muy diversas de las que él tuvo ante sí. ¿Cómo hubiera actuado Cánovas situado en los parámetros de nuestro tiempo? El mismo Fraga da una pista: «Cánovas, político de realidades, quería partir de lo existente y jugar con las opciones posibles, excluyendo las excesivamente peligrosas.» Y esta otra, que me parece utilísima: «Caldos definió al monstruo como *muy conservador, excesivamente conservador en todo;*

pero antes que él, no hubo en España conservadores, sino simplemente *autoritarios.*» Sustituyendo la palabra *conservador* por la palabra *moderado* —y entendida esta última como adjetivo, dissociada del concreto partido isabelino—, la definición es perfecta; pero obliga a reflexionar mucho sobre los riesgos de una confusión —que no cometió Cánovas— entre «conservadurismo» y «autoritarismo».

También es un acierto de Fraga señalar la importancia en el quehacer político de Cánovas de la actitud constructiva brindada por «los otros». Está por hacer una obra fundamental y muy necesaria sobre Sagasta (empeño al menos del profesor Cepeda Adán). Sin el «posibilismo sagastino» —tras el que planea el «posibilismo de Castelar»—, la obra de *síntesis* lograda por Cánovas no hubiera llegado jamás a puerto. Del compromiso de lealtad básica, de solidaridad frente a las oposiciones frontalmente adversas al régimen de convivencia que fue la Restauración, surgió la perdurabilidad y la continuidad de ésta. Sólo cuando el Pacto de El Pardo —que concretaba esa solidaridad— hizo crisis (en 1909), el gran edificio empezó a cuartearse. Por entonces hacía ya doce años que Cánovas había desaparecido trágicamente, y cinco de la muerte de Sagasta.

En el resumen —«el hombre y su obra»— que cierra este ensayo vuelve a adelantarse Fraga en la identificación o en el disentimiento. Identificación incluso en el talante personal: «Seguro de sí, a menudo parecía arrogante: se ha hablado mucho de su soberbia. No esperaba gratitud, ni siquiera reconocimiento; exigía disciplina. Como dice Moya: 'Con Cánovas no se tarifa en tanto que se respete la disciplina y se obedezca al jefe.'» Identificación en el entendimiento *de lo que sea gobernar*: «Cánovas sabía que no hay otro remedio que gobernar. Y ahí estaba él, siempre en el tercio que tocara. Liberal entre los conservadores y conservador entre los liberales, siempre supo dar razón de su conducta.» Disentimiento en cuanto a la falta de visión y aliento social (en lo que observamos una clara contradicción con lo afirmado páginas atrás: Cánovas, nos había dicho Fraga, era plenamente consciente de los problemas sociales). En

todo caso, para que en este aspecto no haya confusiones respecto a sí mismo, Fraga se apresura a advertir: «Aprendamos de aquel error: ninguna tregua política puede hoy lograrse sin paz social y ningún equilibrio constitucional es posible sin una aceptación pactada de las bases del sistema económico-social. Todos deben saber —especialmente los más obligados— mi decisión inquebrantable de avanzar en este terreno, seriamente consciente de que tal propósito impone sacrificios a los que tienen más.»

Creo, desde luego, que queda en pie —en la consideración retrospectiva que Fraga hace de la empresa histórica cañovista— esta afirmación: «Me atrevo a afirmar que Cánovas y su obra merecen el respeto de los españoles de cualquier tiempo y el reconocimiento de un cierto valor modélico para una gran empresa de reconciliación y de convivencia nacional.»

* * *

La gran figura política contemporánea que con frecuencia sirve de modelo a Fraga —Maura— cuenta en este volumen con una admirativa semblanza: quizá demasiado incondicional, dentro de ese *culto al maurismo* tan curiosamente arraigado en la historiografía española y en los medios políticos de derechas. He aquí la afirmación, muy significativa, con que abre este capítulo el jefe de Alianza Popular: «Si hay una figura digna en la política española contemporánea es sin duda la de Antonio Maura. A mí me gusta Maura como pensador profundo, como jurista insigne, como liberal-conservador consecuente, como gobernante inteligente y firme, como orador eximio, como hombre de bien a carta cabal, como figura noble y ejemplar; pero creo que lo que le alza sobre todos los políticos de su tiempo es su *aureola de seriedad*.»

En la evocación de la trayectoria política de Maura, Fraga habla de tres fases: la *gamacista*, dentro del partido liberal —su momento más brillante, la gestión al frente de la cartera de Ultramar, desde la que elabora su frustrado proyecto económico para Cuba—; la de *conservador*,

heredero de Silvela en la jefatura del partido fundado por Cánovas —momento culminante, su *Gobierno largo* de 1907 a 1909—; la del *ostracismo*, pautado por ocasionales regresos al poder tras el «Maura no» subsiguiente a la Semana Trágica barcelonesa.

Quizá sea demasiado simple el esquema. Pabón acertó a ver en Maura no precisamente un conservador, sino un revolucionario. «La segunda etapa de la Restauración —escribió— seguirá careciendo de sentido mientras no consideremos a la gran figura de Maura como una gran figura revolucionaria. Nuestra resistencia desoirá la verdad que él proclamó constantemente con elocuencia insuperable y en todas partes.» Es ese, en todo caso, el hombre de 1893, pero también el de 1901, el de 1904, el de 1907; el de la «ley de descuaje del caciquismo», el político que mejor encarnó —según Fernández Almagro— el empeño de identificar «España oficial» y «España real». Pero hay otro Maura: el que no supera la herida de 1909, el que se convierte en demolidor de las instituciones a las que expresamente profesa fe y lealtad impolutas; el de la nota inconcebible de enero de 1913 y la más inconcebible postura de octubre del mismo año: el *Maura de reacción*. Desde luego, Fraga no distingue la inflexión y la diferencia entre esos dos Mauras. Y lo que es peor, destaca positivamente lo que no se puede salvar —las actitudes de 1913—. Volveré sobre ello.

La valoración de los proyectos autonomistas de Maura para Cuba es muy justa, aunque —en mi modesta opinión— no creo que, según afirmó Máximo Gómez en 1903, la aplicación de las reformas mauristas hubiera podido alterar el destino cubano —que era un destino condicionado por Norteamérica—. Las reformas de Maura no superaban un planteamiento puramente administrativo; aunque eso fuera *bastante*, y aun demasiado, para las cegas oposiciones «españolistas a ultranza», resultaba muy insuficiente para los defensores de una «autonomía política», respaldados interesadamente por los Estados Unidos. Creo que el mismo juicio cabe aplicar, corriendo los años, a su célebre ley «de descuaje del caciquismo», que en cierto modo traducía para la realidad

española la visión de Maura para la realidad ultramarina: una descentralización administrativa que quedaba distante de un planteamiento autonómico; base de discusión con el regionalismo catalán, entonces conducido por Cambó, no es fácil que hubiera llegado a «captar» o a anular las corrientes ideológicas de la Lliga, y menos aún de la *Solidaridad Catalana*.

Pero volviendo al planteamiento de la cuestión cubana, no cabe duda de que el plan de Maura pudo ser eficaz —pudo al menos aplazar un horizonte ineludible— aplicado a tiempo. Ahora bien: Fraga yerra en el manejo de la cronología: «No se le hizo caso, y se hubiera llegado a tiempo, pues aún faltaban dieciséis años para el fatídico 98.» Puntalicemos: las reformas mauristas se discutieron entre 1893 y 1894 —época en la que Maura regenta el Ministerio de Ultramar—. El 98 sobreviene cuatro años después (y la guerra de Cuba se había abierto en 1895).

«Cuba —dice Fraga— podría haber sido el Canadá de España.» En todo caso, pudo ser el Canadá español según otro proyecto autonómico, el que apadrinó Moret en noviembre del 97, cuando ya era inútil por excesivamente tardío; pero no según las reformas de Maura, por bien intencionadas que éstas estuviesen.

El Maura brillante, espléndido, comparece, en todo caso, cargado de razón en la reacción posterior al desastre. Sus discursos de Sevilla (1900), del Parlamento sagastino de 1901, de Valladolid en 1902, le definen como encarnación del regeneracionismo: es el hombre de la «revolución desde el poder»; es el político que preconiza las reformas hechas desde el Gobierno, «radicalmente, rápidamente, brutalmente». El que se pregunta: «¿Es que el pueblo español tiene alguna lacra, algún estigma por los cuales aquí no es verdad lo que es verdad en todas partes? (la democracia).» El que en torno al debate sobre la jamás aprobada Ley de Bases del Régimen Local aciata a dignificar el Parlamento, estimulado por su célebre consigna —«¡Luz y taquígrafos!»—. El de la Ley para la reconstrucción de la armada, que convertiría en impulso unánime la voluntad de la Cámara. El empeñado en despertar la ciudadanía dormida; el que niega sosegadas digestiones a las de-

rechas acomodaticias. («Las clases conservadoras necesitan entrar vigorosamente en la vida pública y usar y ejercitar escrupulosamente, pertinacísimas, todos sus derechos para afrontar a las izquierdas, que son un montón de contradicciones, pero, al cabo, una alianza amenazadora y subversiva».) Espléndido, apasionado Maura, que despierta muy justamente el entusiasmo de Fraga. Entusiasmo por mí compartido con una simple reserva: yo hubiera deseado en su glosador mayor atención hacia el político que abrió al gran mallorquín las puertas del Partido Conservador: Francisco Silvela. Un análisis de los conceptos integrados en los programas silvelistas, proclamados como bandera por Silvela en su afán de «refundir» el credo de Cánovas, descubren en él antecedentes muy claros del maurismo: incluso la llamada a la «revolución desde arriba», formulada por el propio Silvela antes de que Maura hablase de la «revolución desde el poder». Me parece injustísima —por inexacta— la acotación de Fraga al Gobierno Silvela-Maura de 1902, «con Villaverde y Dato, pronto pasados al mal camino» (?). El caso de Villaverde es peculiar: su distanciamiento de Silvela es consecuencia de un excesivamente estricto programa de gobierno —atendido casi en exclusiva a la preocupación por el equilibrio presupuestario—. La posición de Dato es diferente: su fidelidad a Silvela es tal que, correspondiéndole a él la herencia legítima del silvelismo, se convirtió en valedor de la jefatura de Maura en cuanto Silvela sugirió esa promoción insólita del recién llegado —Maura— a las filas del partido.

A Silvela no se le había escapado el «carisma» de Maura. Admiraba en él la fe que mueve montañas, el tesón, el ardor convincente de que él —mortalmente desengañado al cabo de experiencias dolorosas que le habían sumido en un escepticismo insuperable— se sabía carente. La «garra» de Maura estaba en su proclamada «voluntad revolucionaria», esa que ha sabido subrayar Jesús Pabón. Pero ¿era un revolucionario... de verdad? Permítaseme esta cita de un modesto libro mío: «Desvirtuado e incomprendido Maura por unos y otros, esa incompreensión no era más que la réplica al error —o a

la paradoja— del maurismo, situado en la tradición decimonónica del 68, y sin la amplitud de visión necesaria para abarcar la marcha de un proceso irreversible; proclamándose revolucionario cuando la revolución había tomado un nuevo sentido, cuya vigencia o cuya razón él no llegaría a intuir... Cuando Maura habla de pueblo —'la inmensa mayoría del pueblo español está abstenida; no interviene para nada en la cosa pública'— es preciso recordar que con ese término no rebasa los límites de una clase media inhibida de sus obligaciones y derechos ciudadanos: con esa clase, con esa masa es con la que Maura cree contar; con el equivalente de la burguesía alta y baja, que en todos los países de Occidente sirvió de médula a la revolución liberal. Como Cánovas, como Sagasta, Maura margina el nuevo ciclo revolucionario que alumbró la Asamblea de Londres en 1864... Las coincidencias entre Maura y Cambó —el líder de la Lliga— rebasaban el campo político para incidir en las bases sociales en que ambos buscaban apoyo, y ello aproximaba los objetivos de la *revolución desde arriba*, concebida en dos planos por Maura y por Cambó.»

He aquí en el fondo el problema de Maura. Puede estarse con él, en cuanto encarnación de un poder legítimo —ejercido con ejemplar escrúpulo democrático en el Parlamento—, frente a la anárquica y violenta subversión de 1909. Pero, no cabe negar que le faltó visión y sensibilidad para buscar más allá de la crisis *las profundas causas de la crisis*. Por lo mismo, se atuvo para superarla a los procedimientos —durísimos— que le brindaba la aplicación del Código de Justicia Militar, según la Ley de Jurisdicciones implantada en 1906, y de la que arrancan las sucesivas interferencias del ejército en la vida pública, interferencias que habían de culminar en la Dictadura. La Solidaridad Catalana había surgido fundamentalmente para luchar por la abolición de esa ley. El hecho de que la «entente Cambó-Maura» acabase marginando el problema explica las dificultades crecientes del propio Cambó dentro de la Solidaridad, y explica también que la Semana Trágica liquidase simultáneamente la labor del Gobierno de Maura en Madrid y la per-

vivencia de la propia Solidaridad en Cataluña.

Decir esto no es —en modo alguno— justificar la actitud de Moret en la tormenta: Moret, haciendo causa común con las oposiciones de izquierda contrapuestas al régimen, suponía la antítesis de la solidaridad esencial entre los partidos dinásticos, preconizada por Cánovas al establecer el *turno pacífico*; Moret rompía con su actitud el Pacto de El Pardo, la columna maestra del «sistema». Pero después de la famosa crisis, Maura iba a hacer imposible su superación, preconizada desde la izquierda por un estadista como Canalejas —con visión política mucho más amplia que la del jefe conservador—, y desde la derecha, por el sector más prudente y realista de su propio partido. Toda la admiración que don Antonio merece a lo largo de su lucha por implantar la «revolución desde el poder», por «dignificar la vida pública», quiebra ante la actitud que mantuvo en 1913. Su nota al rey en enero de ese año, mediante la cual exigía al «poder moderador» la *descalificación* de uno de los dos partidos dinásticos (el liberal) bajo la amenaza de una retirada del otro (el conservador) al «monte Aventino», es de muy difícil defensa, pese al entusiasmo —muy significativo— que suscita en Fraga. Por cierto, que aquí incurre el autor de este libro en otra inexactitud histórica. Al referirse a la renuncia de Maura a la jefatura del partido y a su acta de diputado —gestos con los que quiso respaldar su presión sobre el rey, esperando que su partido en bloque le acompañaría—, escribe Fraga: «Cierva y una veintena de diputados renunciaron a sus actas en solidaridad con Maura; Dato y la mayoría de los ex ministros conservadores le visitaron, *sin hacerle cambiar de actitud*.» Bueno, lo cierto es que Dato y Pidal *sí hicieron cambiar de actitud* a Maura: se reintegró éste al Parlamento y a la jefatura del partido.

Sino que la crisis de enero tuvo una segunda parte en octubre (quizá Fraga confunde los dos momentos). Fue en octubre cuando, al producirse la caída del Gobierno Romanones —que había perdido su mayoría parlamentaria—, Maura *se negó a aceptar el poder* según él turno

tradicional. Y provocó así la ruptura dentro de su propio partido, cuyos prohombres no quisieron dejar abandonada a la Corona: Dato hubo, pues, de hacerse cargo del poder. (Y Cambó comentaría: «Colocado en la postura de la normalidad constitucional, a base de un partido de gobierno y de una oposición de S. M., que han de alternar en el poder, la postura del señor Dato en nombre del partido conservador aceptando el poder me parece mucho más firme que la postura del señor Maura negándose a tomarlo.») En otro lugar he explicado las razones por las que, en buena doctrina democrática, *la actitud de Maura en 1913 resultó más nociva que la de Moret en 1909*. Con justísima expresión, Ortega llamó entonces a don Antonio «pronunciado delevita». Añadamos que su imprudentísimo empeño en implicar a la Corona en la pugna entre los partidos, y la inextinguible ofensiva indirecta —sarcasmos, alusiones hirientes y degradantes para el trono, incluso en pleno Parlamento— que a partir de entonces mantuvo rencorosamente contra el rey fueron, a la larga, fatales para el régimen. Como Lerroux escribió alguna vez: «Hace muchos años que los monárquicos se pasan la vida torpedeando al rey... Los republicanos nos hubiéramos contentado con derribar la Monarquía... Los monárquicos, cuando no les sirve, la deshonran.»

Sin embargo, este famoso lance, que inicia la decadencia del jefe conservador, su contrafigura moral y política, es estimado por Fraga como «el mayor momento de la carrera de Maura». Apela al testimonio de Sánchez-Albornoz (los primeros artículos de don Claudio, entonces entusiasta de Maura, publicados en la prensa abulense, se refieren a la *nota* de enero de 1913, pero no preveían lo ocurrido en octubre siguiente: son dos momentos, insisto, que no hay que confundir). Bueno será advertir, sin embargo, que don Nicolás Sánchez-Albornoz, padre y mentor político por entonces del joven don Claudio —y que fue diputado y senador conservador por Avila—, *después de la crisis de octubre abandonó la obediencia maurista y reconoció por su jefe a Dato*. En todo caso, repito, no creo que pueda ser anotada a favor del gran político ma-

llorquín su actitud de 1913, actitud en la que Fraga ve su «último gran intento» para lograr «la institucionalización de un poder en forma y en su sitio en representación de la mayoría, lejos de golpes, intrigas, camarillas, facciones...». La posición maurista de 1913 era una réplica exacta —con todos sus agravantes— de la lamentable actitud de Moret en 1909.

Fraga termina su evocación de «la figura y el mensaje» de Maura con estas palabras: «No pocos de los problemas que planteó en su tiempo don Antonio Maura subsisten: esperemos que nuestra generación sepa darles mejor solución si no queremos volver a los mismos peligros y a los mismos males que él intentó conjurar. El problema de un Gobierno civil fuerte, apoyado en instituciones libres y en un movimiento de opinión, sigue planteado.»

* * *

Como he dicho antes, quizá el *apañado* dedicado a Maeztu sea —con el referido a Balmes— lo más «elaborado» en esta serie de semblanzas conservadoras. Creo que fue, en principio, una conferencia pronunciada en Londres; de aquí que esencialmente se siga en ella la actividad intelectual de Maeztu en medios ingleses: su impregnación por ellos, su proyección sobre ellos. Por lo demás, Fraga se confiesa en cierto modo «discípulo» de don Ramiro: «Maeztu no es para mí un autor más; es uno de los que han influido de modo decisivo en mi formación, habiéndole leído y releído en diversas e importantes fases de mi vida intelectual.»

A Maeztu no se le puede arrancar de la entraña noventaiochista, pero con significación muy peculiar. El triunvirato Baroja, Azorín y Maeztu es «real y verdaderamente el número inicial de la célebre generación literaria del 98, y Maeztu el más consecuente de todos, porque no se contentó con llorar y rabiar, sino que entonces y después consagró su vida entera a buscar, con verdadera furia española y con rigor intelectual y moral impresionante, una salida a los problemas de España, derrotada y humillada». De aquí que ya resulte simbólico el título de su primer libro *Hacia otra España*, aunque

su contenido quede en las antípodas de lo que luego será el pensamiento constructivo de don Ramiro. «Yo creo —subraya Fraga con acento muy personal— que Maeztu acertó las tres veces. Acertó al amar a España tanto que llegó a odiar a los malos españoles y sus tremendos errores. Acertó al ampliar desde el mismo ideal el ángulo de visión y estudiar en otros países los problemas y las soluciones. Y cerró el ciclo al comprender que, en un gran destino histórico, aun los cambios más radicales son para continuar en otro movimiento las sinfonías inacabadas.»

Entre 1905 y 1920, Ramiro de Maeztu —hijo de inglesa— vive en la capital británica: es el primer corresponsal de prensa destacado por España a la gran ciudad. Allí descubre nuevos caminos para su vocación intelectual en contacto con un medio especialmente rico por la variedad de tendencias y el esplendor creador del pensamiento. Fraga describe en una síntesis brillante la peculiar «circunstancia» vivida por Maeztu en estos medios literarios: coincide con el final de una época, la de la pura tradición victoriana, y con el comienzo de otra, ya pasado el año 1910; con la incorporación de nuevas corrientes filosóficas —la fenomenología de Husserl— y con la llegada del Modernismo. Pero el vasco avecinado en Londres no se limita a «incorporar y asumir». Mantiene siempre una reserva crítica en la que late la contrastación con otros medios europeos y, por supuesto, la referencia a España. «El europeísmo de Maeztu —advierde Fraga—, no hace falta decirlo, está lleno de patriotismo; don Ramiro desprecia a los que entienden a Europa *como un pretexto que nos autorice a hablar mal de España, a pedir destinos, a escribir mal, a pensar ex-ideas*, palabras que también son de plena actualidad.»

En Londres vive Maeztu la gran tragedia de la guerra mundial. El contacto directo con aquella tremenda crisis ejerció influjo decisivo sobre él. De una parte, le alejó de sus amigos de Madrid, que contemplaban las cosas desde una mayor lejanía («pienso —dice Fraga— que entonces empezó a abrirse el foso que le fue separando de muchos de ellos»). De otra, le situó en tensión entre sus simpatías in-

telectuales —que estaban por Alemania— y sus amigos personales —que eran británicos—. Y, en fin, la visión del esfuerzo nacional desplegado por el país ante el conflicto le hizo reafirmar su admiración por los ingleses. De aquí su convicción de que las sociedades mejoran física y moralmente con la guerra. «La guerra —resume Fraga— crea un suplemento de moralidad y disciplina. Y a partir de ella piensa Maeztu que es posible crear una sociedad mejor y más justa. El cómo es lo que intentará Maeztu explicar en su gran libro *La crisis del humanismo*.»

Es, en efecto, desde la perspectiva de un mundo en transición hacia horizontes inquietantes desde donde ha de situarse la búsqueda de nuevas soluciones —más allá de un «liberalismo nihilista», de un «liberalismo plutocrático», de un «socialismo de Estado»—, emprendida por Maeztu en el seno de un interesante círculo intelectual británico que va a reconocerle como cabeza y maestro: el movimiento conocido como «socialismo gremialista» (*guild socialism*) o socialindustrialismo. Movimiento con una plataforma especialmente brillante, la revista *The New Age*, que dirigió A. R. Orage, gran amigo de Maeztu, en su período de máximo esplendor (1908-1922). «Los hombres de 'La Nueva Era' pronto descubrieron que el camino hacia ella no era el *modernismo*, sino un cierto *medievalismo*. Advierten que no es posible hablar de la *sociedad justa* sin comenzar por el *hombre moral*. Ni el escepticismo de G. B. Shaw ni las estadísticas de los Webb les bastan. La filosofía de Hulme, contraria al romanticismo en literatura, al relativismo en ética, al idealismo en metafísica y al modernismo en religión, fue su principal mentor. Ello se contrapone a la aspiración a una sociedad *perfecta*, capaz de un *progreso* ilimitado. El hombre caído es una 'especie fijada'; su destino no es la felicidad en esta vida; nunca habrá hombres mejores que los de antes y que los de ahora.» «Los hombres de 'La Nueva Era' rechazan, pues, la filosofía individualmente; rechazan el renacimiento, la reforma y el humanismo, que son los antecedentes del liberalismo. Se ponen a indagar, pues, en lo anterior, en lo que Hauriou

por los mismos años llamara 'la ciencia social tradicional'. Quieren, arrancando del pensamiento realista de Aristóteles y de Santo Tomás y de las ideas de Burke, crear una nueva idea *orgánica* de la sociedad, un neoclasicismo del pensamiento social.»

Hemos llegado, pues. Hemos llegado al concepto mediante el cual la elaboración filosófica de Ramiro de Maeztu había de convertirse —cierto que apenas reconocible a través de su nuevo contexto— en filosofía «amparadora» del Estado que surgiría de nuestra guerra civil. Fraga ha desplegado un positivo esfuerzo para sistematizar el conjunto de aportaciones que en torno a *The New Age* y a la idea esencial del «socialismo gremialista» cimentaron la obra más representativa de Maeztu: *La crisis del humanismo*.

El camino nuevo —rehabilitación en realidad de sendas muy antiguas— que don Ramiro se esfuerza en desbrozarnos rechaza a uno y otro lado al «autoritarismo» y al «liberalismo». «No basta, en efecto —resume Fraga—, con desmontar el autoritarismo; la sociedad gremial sería imposible en un individualista. Maeztu busca la democracia y la socialización fuera de la idea liberal. La libertad es también un medio para hacer el bien, no un fin en sí misma. La organización social, para realizar fines valiosos, puede llegar muy lejos, como lo ha demostrado la guerra, pero ha de hacerlo *con justicia*. Esto no quiere decir pura y simplemente *igualdad*, que es incompatible con la realidad y la eficacia.»

Si Maeztu rechaza la idea liberal de Adam Smith —pues la experiencia demuestra que no es exacta su afirmación de que del libre juego de las actividades humanas sólo puede resultar el bien—, si rechaza asimismo la interpretación económica de la historia —porque «la economía es sólo un aspecto de la historia»—, es evidente que, para él, la sociedad ha de ser *organizada*, no anda sola. Y esa organización «puede y debe ser democrática». Sino que la idea de «democracia», según Maeztu, aparece peligrosamente acotada por la idea orgánica de la sociedad. Para los liberales, «la sociedad no existe realmente»; según ellos, el ser social se limita a «una multiplica-

ción del propio yo», y un conjunto informe de individuos aislados no puede constituir una sociedad con lo que ésta supone como *comunidad* y *continuidad*. Por su parte, los autoritarios no ven en la sociedad más que una expansión del yo autocrático que se impone a los individuos para dominarlos. Maeztu piensa, frente a liberales y autoritarios, en un orden social basado no en actitudes subjetivas, sino en cualidades objetivas: la moral, el deber. Y preconiza una sociedad «en la que los derechos se fundan meramente en un trabajo». Una sociedad, en fin, articulada según los principios del «socialismo gremial», porque «no se ha ideado otro para conseguir que el trabajo deje de ser una mercancía a disposición de los ricos y para asegurar a los trabajadores una participación en el gobierno de la producción». Y Maeztu se señala a sí mismo como expositor de un pensamiento colectivo, el de *The New Age*, cuyos hombres pueden «mirar al porvenir con ojos serenos, porque una organización gremial de las naciones es el único medio de evitar las catástrofes a que nos expone perfectamente el poder ilimitado del ejecutivo del Estado y la burocracia».

Resulta curioso comprobar que la teoría político-social de Maeztu —el «socialismo gremial»— no alcanzó posteriores desarrollos por parte del autor. Había despertado gran interés en Londres; interés poco —de momento— en España, a la que don Ramiro volvió en 1919, en plena madurez. Se encontró descentrado entre los hombres de su generación literaria, la del 98. D'Ors, que le admiraba y le comprendía, le invitó, en un brindis muy significativo, a optar «entre Rómulo y Remo» (entre *ideas* y *política*). Sobrevinida la Dictadura, Maeztu la apoyó, y su alejamiento de los grupos intelectuales en que se había enmarcado fue haciéndose más hondo. En 1927 pasó del equipo de *El Sol* al de *La Nación*; por entonces, el autor de *La crisis del humanismo* afirmaba, una vez más, que al país le había perjudicado su marginación de la guerra mundial, lo que explicaba la pervivencia del liberalismo decimonónico en España. Incorporado a la Unión Patriótica, aceptaba la embajada en Buenos Aires.

Para Fraga, «Maeztu, el del 98, ante

una España en crisis; Maeztu, el europeo, ante una Europa en crisis; Maeztu, el de los últimos años, ante un mundo en crisis... es siempre el mismo. No me parecen bien los juicios extremados: ni de los que propenden a supervalorar sus últimas posiciones ni tampoco de los que no perdonan su última evolución». A la búsqueda de caminos originales entre el liberalismo y el autoritarismo, es ya más difícil entenderlo —pensamos nosotros— como «hombre de centro», según él mismo se definió en plena Dictadura. (¿Era un centro la Dictadura, con la que se identificó? Por el contrario, de la cantera de su pensamiento se han extraído materiales —sin duda desvirtuados— para justificar *sistemas* que suponen, de hecho, una negación de la democracia, porque ésta —la democracia auténtica— deja de ser tal en cuanto se la adjetiva: es el caso de las famosas «democracias populares»; pero es el caso también de la tan traída y llevada «democracia orgánica»; unas y otra arrancadas expresamente de su imprescindible savia liberal.

Admirable como hombre de pensamiento y de cultura, y como español radical —nada menos que vasco—, empeñado en abrir caminos *originales* de redención para su patria —«soluciones que eviten a los españoles el destrozarse entre sí en vez de colaborar para el bien común»—, resulta imposible, desde la realidad de nuestro tiempo, entroncar con sus especulaciones, empeñadas en cegar esa *savia viva* a que acabamos de aludir. Por eso se nos hace difícil percibir, o imaginar, hasta dónde llega cuanto Fraga ha asimilado de «su herencia». «Hoy estamos —Describe— en el mundo difícil y confuso de este último tercio del siglo xx, más cerca del 1984 de Orwell que del 98 de la generación de Maeztu. Pero gran parte de su lección sigue en pie; algunos de sus capítulos, como las bellas páginas dedicadas a *la monarquía social* (finamente estudiadas por el profesor Francis G. Wilson), merecerían ser repasadas más a fondo. Y, sobre todo, su ejemplo, su gran ejemplo, nos debe asistir a 'cuantos pensamos que *vivir se debe a la vida, de tal suerte que viva en la muerte.*»

* * *

Fraga cierra este libro con unas consideraciones —conferencia también en principio— sobre «el pensamiento conservador a finales del siglo xx». Dirigidas a la juventud, propugna en ellas «un rejuvenecimiento social» para el que son necesarias «ideas jóvenes». «Y éstas son a veces ideas clásicas, que no es lo mismo que ideas antiguas, sino ideas perennes, que son siempre jóvenes.» «El peligro está, por el contrario —advierte— en las ideas que un día fueron o parecieron juveniles, pero que son hoy como esas damas que no aceptan el venerable paso de los años y creen que copiando modas *hippies* lo van a arreglar.»

Tal es, en efecto, la calificación que a Fraga merece la europea «socialdemocracia» o «centro-izquierda», identificable con la actitud *liberal* norteamericana. En líneas generales, y al definir las ideas programáticas esenciales —o las aspiraciones ético-políticas— de esta «socialdemocracia», el líder de Alianza Popular se atiene, sin embargo, lealmente a cuanto aquélla se ha planteado como meta (el «renacimiento del racionalismo humanista de la Ilustración»); esquema liberado de las ingenuidades decimonónicas; la plasmación de un «contrato social» renovado y más justo; la mejora del hombre y de la sociedad por la expansión educacional y la consiguiente igualdad de oportunidades; la profundización de la democracia por la justicia social; la liberación sentimental de la tolerancia... Ahora bien: para Fraga, la ideología centro-izquierda, que registró en cierto modo, según él, «el principio de su fin» en «el decisivo año de 1968 con sus fallidas primaveras en París y Praga» (pienso que se trata de *primaveras* con floración muy diferente) ha entrado en su ocaso. Le sirve para esta afirmación contemplar el cuadro político europeo: «no es Callaghan ni Heath quienes están gobernando en Inglaterra, sino la señora Thatcher; no es Soares el que manda en Portugal, sino los sucesores de Sa Carneiro; es el señor Reagan y no el señor Cárter el presidente de los Estados Unidos...». Posiblemente este texto se escribió antes de que Giscard d'Estaing fuese desplazado del Elíseo por el socialista Mitterrand y antes de que Papan-dreu tomase en sus manos el timón de

Grecia. Posiblemente también Fraga entiendo como fin de una época lo que sólo es un paréntesis; pero eso habremos de comprobarlo en la evolución política de los Estados europeos y americanos dentro de un futuro próximo. En todo caso, es evidente que Fraga prefiere los extremos bien definidos a las soluciones de equilibrio, las auténticamente nuevas. «La izquierda —escribe— quiere reconstruirse como izquierda, y la derecha como derecha. Las soluciones ambiguas empiezan a ser rechazadas en todas partes.» He aquí, pues, un repudio del *centrismo*. ¿Cómo compaginar ese rechazo con las repetidas afirmaciones de Fraga en el sentido de que *su* hueco político es el centro; con la identificación del *centrismo* en Balmes, en Cánovas, en Maeztu, situados por él en la «genealogía» de su propia actitud conservadora?

Sin duda nos hallamos ante una de las contradicciones filtradas con frecuencia tanto en sus ideas como en su «talante». No estará de más recordar que precisamente lo que ha hecho posible la *transición pacífica* de la dictadura a la democracia en nuestro país ha sido la aparición de un auténtico *centro político*, tal como lo acuñó Adolfo Suárez: un centro político que fijó sus límites por la izquierda en el socialismo, y por la derecha en el «fraguismo». Por supuesto, Fraga lo ha atacado siempre por su «ambigüedad», y porque, según él, esa ambigüedad le hace «no gobernar» de hecho, lo cual aclara mucho acerca de lo que siempre ha entendido Fraga por «gobernar». No me parece inoportuno traer a colación un nítido texto de Julián Marías en su último libro *Cinco años de España*: «Tengo la impresión de que la originalidad de la Unión de Centro Democrático •—a saber: la de no reducirse al esquema «derecha e izquierda»— resulta excesiva para muchos de sus miembros, que se sienten fatigados de esa mínima tensión creadora, de ese esfuerzo hacia lo nuevo; parece que sienten prisa por recostarse *sobre lo ya viejo y conocido*, de sentirse cómodos siendo la *derecha* o una pequeña y tímida *izquierda*... Esta tendencia está reforzada por los demás partidos (y sus representantes en los medios de comunicación), ansiosos de *reducir* & lo ya sabido a todo

el que intente ser algo nuevo. Se tolera que alguien sea *lo contrario*, pero no se acepta que alguien sea diferente...»

Pero es preciso reconocer también que, si en la crítica de Fraga contra cuanto ha significado en Europa y en América el predominio de la idea socialdemócrata hay aspectos discutibles —«ha bastado, dice, una detención del desarrollo económico para ponerlo todo en cuestión» (¿el resultado no hubiera sido el mismo bajo situaciones o ideologías diferentes?)—, también pueden hallarse en esa crítica argumentos muy sólidos: así, lo que él llama «el impacto de la destrucción sistemática de las bases morales y jurídicas de la sociedad». De aquí que este ensayo, o discurso, o conferencia, con que Fraga cierra su libro ponga el acento esencialmente sobre dos principios: el «principio de conservación de la sociedad» y el «principio reformista».

Según Fraga —y no deja de estar en lo cierto—, la energía de la juventud debe ser aprovechada «para *rehacer*, y no para *destruir*, la sociedad». Queda así definido, frente al principio revolucionario de la *ruptura* —el «salto en el vacío», con las naves quemadas a la espalda—, el de la continuidad posible mediante un reformismo constructivo. «El hombre nace, se forma, vive y muere dentro de una organización social, la suya. Hay dos formas de acercarse a ella: hasta mediados del siglo xviii, los hombres lo hicieron de modo respetuoso y continuador, dando por supuesto que es más lo positivo que lo negativo del sistema social. En los dos últimos siglos se ha invertido la actitud, y se parte de la base rousseauiana de que en la sociedad hay que analizar lo malo para cambiarlo cuanto antes y lo más a fondo que sea posible.» Sale aquí a nuestro paso un problema esencial: ¿hasta dónde ha de llevarse la exigencia estrictamente conservadora? Por lo pronto, no creo que pueda aceptarse sin reservas la afirmación de Fraga («el *principio conservador* parte del supuesto de que las cosas quietas es mejor no moverlas»), que apoya en otra, más discutible aún, de Otto Eychstein («un programa viejo es un programa bueno», afirmación que además pretende justificarse en el hecho de que, a lo largo de su tiempo de

vigencia, ese programa ha creado intereses en su entorno: «Una vez que ha existido durante un período, un programa genera su propia clientela, tanto dentro como fuera del Gobierno, el cual tiene un marcado interés en su sostenimiento.»)

De esa rigidez conservadora intenta escapar Fraga por el camino de la «reforma necesaria», de la «reforma posible»: «Cambiar por cambiar es absurdo; no cambiar cuando los datos son diferentes es absurdo también.» Es perfectamente aprovechable toda la argumentación *reformista* de Fraga: «Todas las actitudes reaccionarias arrancan del supuesto de afirmar que se debe volver a determinado estado de cosas anterior, en el cual se cerró la perfección y tras el cual vino la decadencia. La visión contraria supone que la perfección última no está en el pasado, sino en el futuro; que el hombre y las sociedades que crea tienden por su misma naturaleza a progresar; que para lograrlo basta con suprimir los *obstáculos tradicionales* creados por la historia, y que un empujón revolucionario puede reducirlos de una vez y meternos en el paraíso terrenal. El reformista rechaza ambas ideas.»

Pero la posición conservadora —la de la «masa» que se dice conservadora—, ¿entiende esa identificación de *lo conservador con el reformismo*? No hace mucho, José María Areñza —compañero de Fraga en el grupo parlamentario rotulado como «Coalición Democrática»— observaba con exactitud: «Es evidente que Alianza Popular mantiene posiciones más a la derecha que las mías, *aunque las bases de Alianza Popular están aún más a la derecha que Manuel Fraga.*» Esta observación me ha traído a las mientes el recuerdo de lo que fue la frustrada historia del «maurismo». Aquella corriente tumultuosa, emanada de la posición reformista de su jefe, acabó arrinconando la significación genuina de éste, y lo trocó, de hecho, en un freno para la evolución política del país; sus últimas consecuencias —los núcleos de «Renovación Española»— fueron en la II República una réplica caricaturesca de cuanto Maura había querido ser como «renovador» de la vida española.

De aquí que cuando Fraga enumera los enemigos u obstáculos del espíritu refor-

mista —el *dogmatismo*, la *ingenuidad política* y la *inexperiencia administrativa*, el *maximalismo*, el *resentimiento*— se deje en el tintero algo esencial: la tendencia táctica del *conservador ideológico* a utilizar como coartada un reformismo *verbal* para no reformar nada sustancial.

Aborda, en fin, Fraga, la «conservación y reforma en la España de hoy» para denunciar hechos que se contradicen con una realidad innegable. «Una vez más hemos sido incapaces de adelantarnos a la ruptura con las adecuadas reformas.» Cualquiera que considere objetivamente, como lo ha hecho Julián Marías, la historia de los últimos cinco años de vida española habrá de reconocer que hemos asistido a «la operación —fabulosa, casi increíble— de disolver en el cuerpo social una dictadura de cuarenta años, nacida de una guerra civil, de engendrar una perfecta legitimidad partiendo de una ilegitimidad fundada en la violencia, usando para ello la *legalidad* vigente, las instituciones establecidas, no para reformarlas, sino para transformarlas en algo radicalmente distinto...».

Clarificadora en cuanto al alcance o contenido del programa *conservador* de Fraga es la enumeración que éste nos hace de «los nuevos errores que hay que evitar». En primer término, la reacción hacia el extremo contrario y mirando al pasado: «Los intentos de revivir un orden antiguo ya se vio en los años cuarenta cuáles son sus limitaciones e inconvenientes.» (En este caso, sin duda, el error posible sería la caída en posiciones que ahora monopoliza Fuerza Nueva. Guarde Dios a Fraga de lo que pudieran significar para él como lastre los votos «oportunistas» de este sector «ultra» en un futuro próximo). En segundo término, «el instalarnos en la crisis como mal menor». «Aquellos que invocan el riesgo de *involución* como justificación para no rectificar y para buscar nuevos *consensos* en la debilidad deben saber que el mejor camino para hacer inevitable un enfrentamiento serio es justamente el de continuar deslizándose por el plano inclinado de la decadencia, del empobrecimiento, de la inseguridad, y presentar todo ello como inevitable y, lo que es peor, como el precio ineludible de la democracia.»

(Al parecer se apunta contra el partido en el poder; al menos, en la *versión Suárez, hete noire* de Fraga). Y en tercer lugar, la pasividad desesperada o «desencantada» de los que se limitan a encerrarse en un abstencionismo político justificado con un «me han engañado y no participaré». (La réplica de Fraga es válida para cualquier partido comprometido en la tarea de edificar la democracia: «Todos hemos contribuido por acción o por omisión a la situación presente; todos tenemos una responsabilidad en la tarea colectiva de superarla. Sólo pagando la necesaria cuota de ciudadanía podrán los españoles salvarse.»)

Y aquí se abre la esperanza electoralista de Fraga, en torno a un necesario «golpe de timón»: esperanza que se presenta como alternativa a una amenaza *golpista*. (¿En qué fecha se escribió este ensayo? La frase es muy significativa): «Es la hora de los conservadores reformistas: ha pasado la de los utópicos, informadores y oportunistas. Si queremos cerrar el paso a la vez a los Grapos y a las Etas, de un lado, y a las voces que quieren, para hacerles frente, que volvamos a planteamientos anteriores, no a 1978, sino a 1810, no tenemos más camino. Quienes contribuyen a cegarlo, por la confusión o por la obstrucción, sepan que contraen una responsabilidad histórica, y que siembran vientos que pueden acarrear tempestades, de las que barren no sólo a los hombres y a los partidos, sino a las propias instituciones.»

En la invocación a la juventud —prometedor horizonte de su partido—, Fraga resume todo el «mensaje» de este discurso: «Después de todo, si ellos son los únicos que de verdad pueden reformar, son también los únicos que tienen interés en conservar. ¿A quién le gustaría recibir un mundo vacío, un solar sin casa, un paisaje desolado, una vida sin alma?» Y propone a los jóvenes un gran modelo, arrancado del «gran siglo»: Quevedo. Quevedo, «que fue a la vez un conservador, un restaurador de viejos ideales e instituciones y una mente moderna, capaz de avizorar el futuro y de enfrentarse, sin miedo, con los grandes dramas humanos, de la vida y de la muerte».

* * *

A lo largo de la lectura de este libro —completado con una cuidada antología de textos ilustrativos—, nos asalta, repetidamente, la misma inquietud expresada por cierto ilustre escritor, al abordar el «caso Fraga» en una reciente entrevista televisiva: «Lo malo es que tiene un gran enemigo, que se llama Manuel Fraga.»

De los *modelos conservadores* que nos propone y comenta, ¿qué aspectos triunfarán en él a la hora de la verdad, si esa «hora de la verdad» llega?

Jovellanos es uno de los padres indiscutibles del liberalismo español: y dentro del liberalismo, abrió pautas, seguidas luego de forma expresa por el moderantismo de Martínez de la Rosa —primera definición centrista («el justo medio») de nuestra época contemporánea—. De haber vivido en su tiempo, ¿no le hubiera tachado Fraga de «ambiguo»? Balmes, otro caso claro de búsqueda de compromiso entre «revolución y tradición», ejemplificó la posición *moderada* tal como, un siglo más tarde, la describiría Azaña —nada menos que Azaña—, en su mejor momento de escritor y de político: «Habla usted del moderantismo dando a la palabra una significación baja, despectiva, como si la moderación fuese mero empirismo, que recorta por timidez las alas de la novedad. No es eso. La moderación, la cordura, la prudencia de que yo hablo, estrictamente razonables, se fundan en el conocimiento de la realidad, es decir, en la exactitud... Nos conducimos como gente sin razón, sin caletre...» (¿Se da esta exacta noción de *lo moderado* en la *idea conservadora* de Fraga?). Cánovas cimentó su *sistema de centro* «desde» un partido de derecha. Hizo una gran obra conservadora renunciando a su *vocación autoritaria*. Ese desplazamiento del autoritarismo por la templanza conservadora —basada en la *síntesis*— ¿será posible en *el político* Fraga? Por despecho, Maura confirmó la ruptura del pacto de El Pardo a partir de su lamentable actuación en las dos crisis —crisis de la Restauración— que jalonan el año 1913. Nos inquieta el entusiasmo de Fraga por esa actitud maurista, más nociva, en sus últimas consecuencias, que la traición de Moret al famoso Pacto, perpetrada en 1909. Desde una posición estrictamente democrática,

resulta inadmisibile aquella especie de «pronunciamiento», según lo calificó Ortega con exactitud. En cuanto al «camino de centro» (?), abierto por Ramiro de Maeztu, nos parece —a estas alturas— que no es un *camino transitable*, y que no puede ser calificado de «centro». Esperemos que la devoción manifiesta de Fraga hacia el autor de *La crisis del humanismo* se quede en el respeto y la admiración hacia un ejemplo intelectual y un testimonio humano, llevados hasta el sacrificio de la propia vida.

Las reservas conservadoras —apoyadas

en una sincera profesión de fe democrática— son un valor necesario en la realidad actual de España. Polarizar y «educar» a un conservadurismo que escape a la pura reacción, en las masas desorientadas de una burguesía española que aún mira con nostalgia los cuarenta años del franquismo, puede ser la mejor aportación de Fraga a nuestro futuro en paz. Siempre que logre triunfar de eso que un gran escritor llamaba, recientemente, «el gran enemigo de Fraga», esto es, *el propio Fraga*.

CARLOS SECO SERRANO